

MOTIVOS PARA VIVIR

Inés mira a través de los cristales de la ventana, sin encontrar motivo ni razón para salir a la calle. Sus clases de Física, su entusiasmo por la enseñanza, su ilusión por recibir noticias de Juan, sus reencuentros llenos de amor y de ternura, habían quedado rotos por la cruel noticia. Hace nueve meses que murió Juan y no sabe si el temor a perderlo, el día menos pensado, se había materializado a la vez que se había convertido en una desesperación permanente. Por eso se asomaba a la ventana y no veía a nadie, más que a sus pensamientos. Porque ahora Juan estaba en todas partes: en la cocina, en el salón, en el dormitorio..., como si su presencia se dejara sentir muy cerca de ella o se manifestara en extrañezas en las que nunca, antes, había reparado: puertas que se cierran solas, luces que se apagan y se encienden, sin tener por qué. Ruidos en la noche. El bolso, las gafas aparecían en otro lugar del habitual y acostumbrado. El televisor se encendía en la madrugada dándole a entender que era Juan que quería llamar su atención porque tendría que decirle algo y, que, seguramente, se habría quedado atrapado entre aquellas cuatro paredes. La muerte llega cuando menos se espera y siempre se nos quedan palabras por decir, tiempo que compartir, abrazos que dar. Juan, por su profesión de militar no estaba casi nunca en casa y como especialista en misiones arriesgadas, solía ser destinado a lugares estratégicos de mucha responsabilidad. Decían que iban en misiones de paz, pero la paz es la otra cara de la guerra. A Inés le parecía que Juan estaba a su lado, como si fuese su sombra. Tal vez no habían hablado lo suficiente, lo necesario para que ella pudiera consolarse con su recuerdo, con sus palabras amorosas, con el latido de su ausencia. Él siempre le restaba importancia a la soledad permanente de su mujer. A Inés le costaba pensar en aquella ausencia definitiva. Ya no habría regreso. Y, ahora, él se manifestaba porque querría decirle, explicarle cómo la amaba, y el porqué de aquella emboscada donde murieron todos los ocupantes del convoy. Ella no hubiera querido nunca asistir al entierro del marido, ni presenciar tamaña ceremonia; en cuyo féretro envuelto en la bandera española reposaban las correspondientes condecoraciones debidas a su rango. Apenas podía mantenerse en pie, mientras un soldado rehacía la ofrenda, y se la ponía sobre sus manos marchitas tratando de consolarla con unas apresuradas palabras de pésame. A ella no le valía el protocolo, el amor a la patria, las exaltaciones de las virtudes del militar que fuera Juan y, todo, a toque de corneta y salvas de disparos y taconazos. Pensó: todo es una farsa. Un día cae uno y otro día caerá otro. O sea: la guerra

interminable. Fueron días sin noches y sin sosiego. Los tranquilizantes la llevaban a un estado de semiinconsciencia del que le costaba salir. Si alguien llamaba al timbre de la puerta o sonaba el teléfono, ella ni se inmutaba y se pasaba las horas como un alma en pena: casa arriba, casa abajo, sentándose en el suelo cuando le faltaban las fuerzas. Su madre le había acompañado los primeros días de duelo y no pudo convencerla de que se fuera con ella al pueblo. Desesperada por el empeoramiento de la hija de quedarse allí sola con su dolor, tuvo que marcharse, no antes de darle unos sabios consejos. Inés tenía pocas amistades salvo los compañeros de la Complutense, que seguramente ni se habrían enterado. Hacía menos de un año que residían en Madrid. Juan había muerto y ella también quería morir. Se vio en el espejo. Se asustó. Se volvió a mirar y algo en su interior se impuso a su desidia. Un pájaro cantó en el alfeizar de la ventana. Se dio un baño y con mano temblorosa buscó en el libro de la compañía médica la especialidad de Psiquiatría. Ella siempre recordaría la primera visita que hizo al doctor Alberto de la Cueva. El esfuerzo que tuvo que hacer para decirle a un desconocido que Juan había muerto y, sobre todo, oír su propia voz confirmando lo que ella no podía aceptar. Los ruidos que le llegan por la noche no sabía identificarlos como algo que respondiese a una realidad conocida. Podrían ser golpes de viento sobre la montera de la casa, pasos por la calle, vuelos de algún pájaro nocturno, crujidos de la madera... Pero no, pues aquello parecía provenir de otra dimensión desconocida. Así, comenzó a consolarse, a tener la sensación de que alguien respiraba cerca de ella. a dormirse de madrugada, y a sentir cómo llegaba Juan hasta sus sueños. Eso creía ella o eso necesitaba creer. Él estaba a su lado y le aconsejaba en las pormenoridades del día: sobre la terapia que seguía puntualmente con el doctor de la Cueva, sobre el papeleo que tenía que gestionar. Esta idea fue tomando fuerzas y alguna noche tuvo la sensación de que Juan estaba al otro lado de la cama. Durante el día, pensaba preguntárselo todo cuando llegase la noche, cuando lo tuviera cerca, cuando su olor la inundara y hasta le sonriera como sólo él sabía hacerlo. Aquella locura se convirtió en la mejor terapia. Poco a poco, se convenció de que el cerebro es capaz de inventarse cualquier fantasía para evitar el dolor. Las largas conversaciones con su psiquiatra la fueron convenciendo de que, ante lo imposible, hay que reeducarse, aprender a cambiar los pensamientos negativos por otros más alentadores. Hallar motivos para vivir. El doctor era amable, comprensivo y cercano. Al principio ni lo veía, estaba en una nube de ensimismamiento y desconsuelo, hasta que, poco a poco, fue acostumbrándose a su voz, a su compañía. Reconociendo su ayuda. Haciendo suya sus recomendaciones. Un día lo miró y lo aceptó como a un amigo que podría estar allí cuando ella lo necesitara. En una

